

8.º domingo ordinario B



Yo te desposaré conmigo para siempre. (Os 2,21a)

Primera lectura

Oseas 2,16b.17.21-22

Esto dice el Señor: Yo la cortejaré, me la llevaré al desierto, le hablaré al corazón. Y me responderá allí como en los días de su juventud, como el día en que la saqué de Egipto. Me casaré contigo en matrimonio perpetuo; me casaré contigo en derecho y justicia, en misericordia y compasión; me casaré contigo en fidelidad, y te penetrarás del Señor.

Segunda lectura

2 Corintios 3,1b-6

Hermanos y hermanas: ¿Necesitamos presentaros o pedirnos cartas de recomendación? Vosotros sois nuestra carta, escrita en nuestros corazones, conocida y leída por todos los hombres. Sois una carta de Cristo, redactada por nuestro ministerio, escrita no con tinta, sino con el Espíritu del Dios vivo; no en tablas de piedra, sino en las tablas de carne del corazón.

Esta confianza con Dios la tenemos por Cristo.

No es que por nosotros mismos estemos capacitados para apuntarnos algo, como realización nuestra; nuestra capacidad nos viene de Dios, que nos ha capacitado para ser servidores de una alianza nueva: no basada en pura letra, porque la pura letra mata y, en cambio, el Espíritu da vida.

Evangelio

Marcos 2,18-22

En aquel tiempo, los discípulos de Juan y los fariseos estaban de ayuno. Vinieron unos y le preguntaron a Jesús: – Los discípulos de Juan y los discípulos de los fariseos ayunan. ¿Por qué los tuyos no?

Jesús les contestó: – ¿Es que pueden ayunar los amigos del novio, mientras el novio está con ellos? Mientras tienen al novio con ellos, no pueden ayunar. Llegará un día en que se lleven al novio; aquel día sí que ayunarán.

Nadie le echa un remiendo de paño sin remojar a un manto pasado; porque la pieza tira del manto – lo nuevo de lo viejo – y deja un roto peor.
Nadie echa vino nuevo en odres viejos; porque revienta los odres, y se pierden el vino y los odres; a vino nuevo, odres nuevos.

Meditación

Todos los grupos religiosos pertenecientes al hebraísmo de aquella época, sin excluir a los discípulos de Juan Bautista, se reconocían fácilmente por la práctica de ciertos ritos ascéticos, de los cuales el más conocido era el ayuno.

¿Cómo se explica entonces que el "grupo de Jesús" no practique el ayuno? Jesús supera aquel pequeño mundo, del cual no estaba ausente un cierto masoquismo ascético. Hay que mirar al reino de Dios: lo demás vendrá por añadidura en la armonía del conjunto. Las recomendaciones éticas de detalle no deberían regular los casos particulares, sino solamente manifestar el resultado de la presencia de Dios en la actuación humana.

En este caso se trata de una circunstancia gozosa: los discípulos se encuentran en un momento de plenitud interior. La comparación es exacta: el grupo apostólico vivía un instante de gozo como en el momento de las bodas. Era, pues, necesario no precipitar los acontecimientos: su adhesión al maestro los llevará fatalmente a momentos difíciles, en que no será necesario establecer el rito del ayuno para hacer penitencia. Sus palabras, que en un primer momento tienen una apariencia ascética, no exigen en realidad ninguna ascesis concreta, mientras que, al mismo tiempo, implican un compromiso total siempre que se presente el caso.

El ritualismo, contra el cual Jesús polemiza, pretendía, como todo ritualismo, establecer ya desde el principio una actitud religiosa del hombre. Por el contrario, el Evangelio le quita al hombre la posibilidad de planificar su propia salvación. En el Evangelio es Dios quien tiene la iniciativa absoluta.

También las otras dos comparaciones son bastante expresivas. Jesús no tiene intención de apagar la luz que humea hasta que no haya hecho triunfar la justicia. Por eso, muestra un gran respeto hacia ciertas experiencias religiosas, sobre todo las que se refieren al grupo del Bautista. Pero, al mismo tiempo, no quiere engañar a nadie: él no tiene la pretensión de echar un remiendo de tela nueva, que es el Evangelio, a la tela vieja de aquellas experiencias religiosas, por muy respetables que fueran.

Ni siquiera piensa echar el vino nuevo del Evangelio en los odres viejos de las instituciones judías, porque, si así lo hiciera, perjudicaría tanto a los odres viejos como al vino nuevo. He aquí una postura ideal para los momentos de crisis. No se trata de "limpiarle la cara" a una vieja praxis, sino de poner en su lugar una completamente nueva. Ahora bien, esto ha de hacerse conservando el máximo respeto a las viejas costumbres de personas y grupos, de cuya buena voluntad y honorabilidad un cristiano no tiene derecho a dudar.

En una palabra: no se trata de componendas, sino de actitud verdaderamente revolucionaria; pero, al mismo tiempo, se trata de respetar a los que desde siempre habían optado por otra praxis distinta. Estas son las reglas del ecumenismo intraeclesial.